

GLOSARIO DE REVISTAS

Nueva edición del "Buscón" de Quevedo

Hace poco el filólogo don Américo Castro ha publicado un artículo en *La Nación* de Buenos Aires sobre un nuevo manuscrito del «Buscón» de Quevedo. Resumamos las noticias que nos proporciona el autor de «El pensamiento de Cervantes».

Ante todo, el señor Castro recuerda la primera edición de esta novela de Quevedo, hecha hace precisamente tres siglos, o sea en 1626, por Pedro Verges. Luego explica en qué circunstancias y por qué motivos ha llegado a su poder el manuscrito que publicará en breve. Oigámosle: «Consérvase aquél —escribe— en la espléndida biblioteca que fué de Menéndez y Pelayo, y que el insigne historiador de la civilización hispana, con noble ademán, legó a la ciudad de Santander. Hace años que aspirábamos a reproducir ese precioso texto, de cuya existencia teníamos noticia; pero otros eruditos me ha-

bían precedido en obtener el privilegio de darlo a conocer. No habiéndolo utilizado, por la dolorosa circunstancia de haber fallecido el Sr. Bonilla y San Martín, que iba a dirigir esa edición, el bibliotecario de Menéndez y Pelayo, D. Miguel Artigas (escritor tan docto como amigo gentil), me ha concedido el derecho a mostrar al público el texto de ese magnífico documento».

No se crea que el señor Castro califica con tanto entusiasmo a este manuscrito del siglo XVII sólo por sus aficiones filológicas. En realidad el manuscrito lo merece. El señor Castro se refiere luego a las ediciones que se habían hecho hasta la fecha del «Buscón» de Quevedo. El comentario crítico no era suficiente en ellas para esclarecer de manera eficaz y completa el texto corrompido de la versión corriente. «Será difícil —escribe el señor Castro— hallar en nuestro siglo XVII libro más disparatadamente impreso, más rico en lagunas y en erratas.»

Pero eso no es todo. A las erratas propias de la impresión poco cuidadosa, y acaso hecha sin la vigilancia del autor, se unen las supresiones de palabras, destinadas a paliar las crudezas que contiene el manuscrito, ahora listo para ser publicado.

He aquí lo que nos dice el señor Castro sobre este importante punto de la bibliografía quevedesca: «Traslados de los escritos ligeros de Quevedo circularon con profusión durante cuatro lustros. Mas llegó un día, próximos los 50 años, en que el gran humanista, versado en tres lenguas sabias, decide imprimir el «Buscón» base para él de una gloria que en modo alguno le han acarreado sus eruditas divagaciones a base de latin, griego o hebreo, bien aprendidos en Alcalá, al mismo tiempo que las más apicaradas trapacerías. ¿Pero cómo dar a la luz pública un librejo de aquella laya, con irreverencias y con tan repugnante suciedad? Enemigos de Quevedo dijeron que había ido a publicar su libro a Aragón, por no osar someterlo a la más severa censura de Castilla. Sea como fuere, el texto dado al impresor de Zaragoza ha atenuado o suprimido muchas chanzas anticlesiásticas, y ha abreviado ciertas escenas demasiado repugnantes; lo cual no quiere decir que el «Buscón» de 1626 sea un libro que,

al menos íntegramente, deba ser puesto en manos de los niños».

Tenemos ya explicada, pues, la extraña mutilación de esta obra con que han reído tantas generaciones de lectores. Luego el señor Castro detalla con alguna prolijidad unos pocos de los cambios que es preciso advertir en la edición de Verges. Desde el título hay diferencias entre esa y el manuscrito que verá la luz próximamente. Mientras el primero dice: «Historia de la vida del buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños», el segundo dice: «La vida del buscavida, por otro nombre don Pablos, compuesta por don Francisco de Quevedo». Muchos pasajes hasta ahora ininteligibles en el texto corriente de este libro se aclaran con este manuscrito.

Finaliza su artículo el señor Castro con las siguientes palabras: «Sería imposible y poco interesante enumerar todas las mejoras y correcciones que nos aporta el nuevo texto, que íntegramente reproduzco en la edición que pronto ha de salir en la colección de los «Clásicos castellanos». Pocas veces nos es dable enmendar así, con tan leve esfuerzo, los dislates o yerros en que uno incurrió o en los que colaboró. El mérito del nuevo «Buscón» corresponderá no a la técnica filológica, sino a ese buen ma-

nuscrito, que nos jugó la malísima pasada de permanecer mudo e ignorado durante tres siglos, y que nos da ahora la broma, digna del espíritu de Quevedo, de venir a celebrar el tricentenario de su aparición pública, allá por el mes de Julio del año de gracia de 1926.—S.

El teatro inglés contemporáneo

En el número primero de la revista *Residencia* que publica en Madrid la Residencia de Estudiantes hallamos un escogidísimo a la vez que copioso material de lectura. Ha sabido combinar esta publicación dos cosas que es difícil hermanar: la lectura espiritual, bien elegida, siempre elevada, y la ilustración gráfica excelente que atrae al público menos intelectual y es un descanso para los ojos. Entre los artículos que hallamos en este número hay muchos que querríamos resumir para los lectores de ATENEA. En la imposibilidad de hacerlo con más de uno, elijamos la conferencia pronunciada en la Residencia de Estudiantes por el profesor de la Universidad de Dublín, Mr. Walter Starkie, bajo los auspicios del Comité Hispano-Inglés.

El profesor Starkie comienza su estudio sobre el teatro inglés contemporáneo con unas cuantas palabras preliminares sobre

las obras teatrales de su patria en los siglos anteriores al XIX. Luego se ocupa rápidamente de los escritores del romanticismo y señala los nombres de los siguientes autores de esa época: Bulwer Lytton, Robertson, Albery, Henry Byron, W. S. Gilbert, Grundy, etc. Entretanto se llega a una etapa de extraordinario florecimiento del arte teatral, en la segunda mitad del siglo pasado. Los nombres culminantes de ese período son los de Henry Arthur Jones, Pinero y Oscar Wilde. De los dos primeros el profesor Starkie da detalles bastante interesantes. Jones es un autor de excepcionales condiciones, que pretende hacer volver el teatro a sus mejores días de esplendor, escribiendo altas comedias que no tuvieron gran éxito. Pinero, más retórico, se distingue por sus obras de tendencias feministas. El problema de la participación de las mujeres en la vida pública, al igual de los varones, le hace escribir varias obras que han tenido y continúan teniendo auditorios entusiastas.

Sobre Wilde, el más conocido escritor inglés de su tiempo fuera de Inglaterra, el profesor Starkie no tiene una opinión muy lisonjera. Reconoce muchas de las cualidades que generalmente se le atribuyen, pero señala algunos de sus defectos diciendo, por ejemplo: «Los personajes de Wilde es-

tán privados de humanidad; no sufren, no suspiran, no se conmueven. Son como literes de polichinela». En esta forma se explica que el público inglés prefiriera las obras de Pinero. Más retóricas, más tempestuosas, agitadas por pasiones y frenesíes, estaban mejor dotadas que las de Wilde para arrancar aplausos a las muchedumbres.

Otros dramaturgos destacan también por esos años: Sir John Hankin, Galsworthy y Barrie. Cínico y frío el primero, amigo de los humildes el segundo: ambos gozan de discreta fama. Pero el que logra entusiasmar es el último. Barrie es, en efecto, el autor de «Peter Pan», cuento maravilloso llevado a la escena, que en opinión del profesor Starkie es «digno de colocarse junto a «L'Oiseau bleu» de Maeterlinck.

En otra parte de su lectura el profesor Starkie estudia la influencia de Ibsen en el teatro europeo de su época y se ocupa luego de Bernard Shaw, sin duda el autor vivo más importante de Inglaterra. «Su éxito como escritor—nos dice el crítico—no depende tanto de una gran capacidad descubridora de cosas nuevas, como de un prodigioso talento para establecer rápidos cálculos y deducciones». Nos dice luego que Inglaterra tardó en comprender a este autor que rompía de

manera tan declarada con ideas tradicionales, costumbres y gustos añejos. Pero que desde hace algunos años su triunfo es completo, absoluto. Luego estudia algunos aspectos de las obras del autor de «Cándida» y señala los puntos culminantes de esa pieza y de otras como «Hombre y superhombre» que son consideradas las más importantes dentro de su vastísima labor. La consideración de Bernard Shaw por el profesor Starkie es la más extensa de todos los autores a quienes trata en su conferencia y contiene muchos puntos de vista nuevos sobre una labor teatral tan copiosa como interesante.

Otro autor digno de mención en estos años es Barker, «más realista en la forma y más didáctico». Entre los cultores del drama nacional irlandés el conferenciante se ocupa de Standish O'Grady, W. B. Yeats—laureado con el premio Nobel hace algunos años—, George Russell, Edward Marthyn, George Moore, Lady Gregory, etc. Los cuatro primeros de los nombrados son los maestros de esta escuela que beneficia las leyendas populares irlandesas y estudia con singular honra las peculiaridades del carácter irlandés. Los últimos son los más aventajados discípulos de aquéllos y se han formado en la *Abbey*, sociedad teatral que ha servido para dar nuevo impulso a esta literatura dra-

mática regional de caracteres propios y plausibles.

El profesor Starkie termina sus observaciones haciendo notar que la guerra parece haber dado un golpe de muerte al

teatro realista y desarrollado en cambio un impulso idealista innovador que comienza a producir obras dignas de estudio más detenido.—S.